

Sección a cargo de Guillermo Fernández

Eugenio Montale (1896-1981) *In memoriam*

El furor

El furor es antiguo como el hombre
mas creía tener un objetivo.
Ahora se basta a sí mismo. Es un paso adelante
pero no suficiente. El hombre debe,
sin dejar de ser bípedo, convertirse
en otro animal. Sólo entonces
será como una fiera en cuatro patas,
inocuo si no lo agreden. Serán precisos
muchos años o milenios. Es un parpadeo.

A un jesuita moderno

Paleontólogo y cura, hombre de mundo
ad abundantiam, si quieres convencernos
de que un barrunto nuestro se desprende de la costra
de acá abajo, menos costra que papilla,
para luego alojarse en la noósfera
que envuelve a las demás esferas,
o es un condominio y está en el tiempo (!),
te diré que la piel se me enchina
cuando te escucho. El tiempo no concluye
porque ni siquiera ha comenzado.
Dios es también un recién nacido. Es cosa nuestra
hacerlo vivir o pasárnosla sin él; cosa nuestra matar
el tiempo, porque en él no es posible
la existencia.

Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo de poesía.

La poesía

El angustiante asunto
de si es en frío o en caliente la inspiración,
no pertenece a la ciencia térmica.
El *raptus* no produce, el vacío no conduce,
no hay poesía al sorbete o al asado.
Se tratará más bien de palabras
mucho muy importunas
que tienen prisa por salir
del horno o del congelador.
Esto carece de importancia. En cuanto salen,
miran en torno suyo, como diciéndose:
pero ¿qué estamos haciendo aquí?



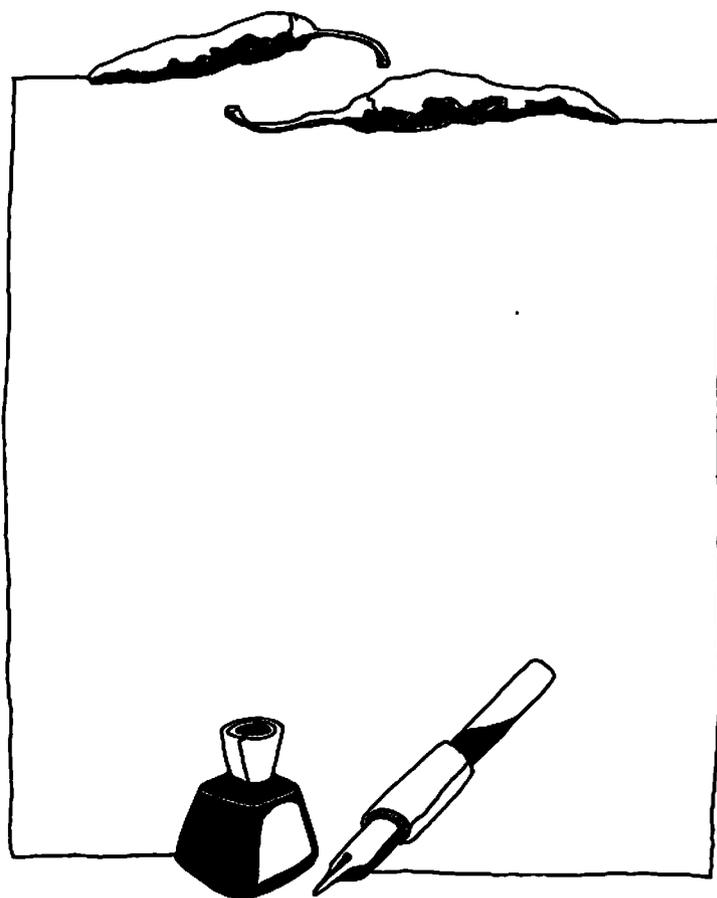
La muerte de Dios

Todas las religiones del Dios único
son lo mismo: sólo cambian
los cocineros y los cocimientos.
Pensaba en eso, y me distraje cuando
vertiginosamente resbalaste
en la escalera de caracol de la Périgourdine
y al llegar abajo reíste a carcajadas.

Fue una buena velada con un solo instante
de espanto. Incluso el papa,
en Israel, había dicho lo mismo,
pero se arrepintió cuando le informaron
que el sumo Marginado, si acaso existió,
había caducado.

Las rimas

Las rimas son más latosas que las
Damas de San Vicente: tocan a la puerta
e insisten. Imposible rechazarlas
y sólo estando fuera se soportan.
El poeta decente las aleja
(a las rimas), las esconde, trampea, las pasa
de contrabando. Pero las muy beatas no cejan
y antes o después (rimas y santurronas)
siguen tocando y son siempre las mismas.



En este año se cumple el primer centenario del nacimiento de Eugenio Montale, el poeta genovés que, junto con Umberto Saba, Giuseppe Ungaretti, Sandro Penna y Mario Luzi, forman la plana mayor de la poesía italiana de este siglo.

En esta ocasión, he querido centrarme en el "quinto Montale", es decir, en la última etapa de la poesía montaliana —la menos divulgada en nuestro idioma—, que principia en *Sátura* (1971) y se prolonga en los *Diarios del 71 y del 72* y concluye en el *Cuaderno de cuatro años* (1977). En esta última etapa, por lo general, el poeta genovés vuelve la mirada, por una parte, a los acontecimientos del drama personal, íntimo, con un hondo sentido del dolor y de la muerte, pero expresados en un

lenguaje directo, casi prosaico, no exento de autoironía; por la otra, sobre todo a partir de los *Diarios*, su mirada recorre y critica, entre divertida y amargada, la idiotez *ad abundantiam* de la historia humana, en textos que se acercan cada vez a la prosa, muy semejantes a las anotaciones hechas en un diario. "Pero también este *understatement* estructural, por decirlo de alguna manera, es una estratagema típica de Montale, una manera de despistar o mezclarle las cartas al lector, su modo muy suyo de 'hacer poesía' (...) Amo y señor de la discontinuidad, parece que Montale nos da ahora lo mejor de lo suyo en una especie de 'hilado', de discurso ininterrumpido: sólo en este sentido se puede hablar de cotidianidad de las ocasiones de los *Diarios*, domésticas

deyecciones de realidades minúsculas: el recuerdo de un amigo desaparecido, el espectáculo de una victoria electoral, el cri-cri de una polilla, un pájaro salvado y que luego se escapa, las molestias urbanas cuando llega el verano, la lectura de una tesis de un pedante bachiller, respuestas a amigos o a enemigos..." (Giuliano Gramigna, *Montale —La poesía día tras día*, "Il Giorno", 8 de abril de 1973). A menudo, el lenguaje de Montale es un metalenguaje, un discurso sobre la lengua, mediante el cual pone en tela de juicio todo tipo de "valores", opiniones y juicios con ironía cortante y corrosiva, que siempre mueve al lector no sólo a la carcajada sino también —cuando la risa ha terminado, dejándonos en la boca un sabor amargo— a la reflexión.Δ